

EL MUNDO

DE LAS

AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, diciembre de 1894 ✧ NÚMERO 11

— Con el presente número se entregará el cuaderno 11 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



EL ESPEJO DE MI TÍA MARGARITA:

Lady Bothwell atreviéndose a preguntar á Felipe Forester qué camino tomaría al llegar al continente

SUMARIO

El espejo de mi tía Margarita.—El ave que habla, el árbol que canta y el agua amarilla (conclusión).—El caballo blanco (continuación).—Noticias.

EL ESPEJO DE MI TIA MARGARITA

POR SIR WALTER SCOTT

—Quisiera,—dijo mi tía,—poder describirte la persona del caballero Felipe Forester, *el libertino privilegiado* de la buena sociedad escocesa á fines del último siglo. A decir verdad, yo no le ví nunca; mas, á juzgar por los relatos de mi madre, distinguíase por su talento y su galantería. El alegre caballero floreció en los últimos años del siglo xvii y principios del xviii: era el Lovelace de su tiempo y de su país, afamado por sus duelos y por sus triunfos en sus conquistas amorosas. La supremacía que alcanzó en el mundo de la moda fué absoluta; y cuando la comparamos con dos ó tres anécdotas, por las cuales si las leyes se aplicasen en todos los grados nuestro hombre hubiera merecido la horca, la popularidad de semejante caballero sirve realmente para demostrar que en los tiempos actuales hay mucha más decencia, si no más virtud, que antes, ó que la educación superior era en aquella época más difícil de obtener que hoy, lo cual fué causa, sin duda, de que se concedieran al afortunado libertino indulgencias plenas y privilegios. A ningún galán de nuestro tiempo le hubiera sido dado ser protagonista en una historia tan fea como la de la hija del molinero de Sillermills. Esta historia puso en movimiento al primer magistrado; mas poco le importó al caballero Felipe Forester, ni por ella se le siguió el menor perjuicio: fué recibido en la sociedad tan bien como antes, y comió con el duque A. el mismo día en que se efectuó el entierro de la desgraciada joven, que murió de pesar. Sin embargo, esto no tiene nada que ver con mi narración; pero es necesario, para la autenticidad de mi leyenda, que sepas que el caballero Felipe Forester, con su hermosa figura, su elegancia y sus finos modales, se casó con la señorita de Falconer. La hermana mayor de esta joven se había unido antes con mi abuelo sir Geoffrey Bothwell, y llevó á nuestra familia una buena fortuna; pero la señorita Jemima Falconer, como la llamaban, tenía también cincuenta mil duros, lo cual se consideraba entonces como una rica dote.

Las dos hermanas eran muy diferentes; cada cual tuvo sus admiradores mientras fueron solteras. Lady Bothwell tenía verdaderamente sangre noble; era atrevida, aunque no hasta la audacia; pecaba de ambiciosa, y deseaba siempre elevar á mayor altura su casa y su familia, por lo cual había sido poderosa espuela para mi abuelo, hombre indolente y que sin la influencia de su señora no habría tomado parte en ciertos asuntos políticos que le hubiera convenido más notocar. Lady Bothwell, sin embargo, era mujer de elevados principios y de muy

buen sentido, como lo atestiguan algunas de sus cartas que aún conservo en mi archivo.

Jemima Falconer era el reverso de su hermana por todos estilos. Su inteligencia no se elevaba sobre lo que es común, y hasta algunas veces parecía no llegar al grado ordinario. Su belleza, mientras la conservó, reduciase á una delicada complexión y á la regularidad de las facciones, sin tener ninguna gracia particular; y aun estos encantos se marchitaron por los padecimientos que se produjeron á consecuencia de un mal casamiento.

Jemima amaba apasionadamente á su esposo, quien la trataba, en cambio, con marcado desdén y cortés indiferencia, lo cual, para una mujer de corazón tierno y amante, era quizás más doloroso que para cualquiera otra y más también que un mal tratamiento.

Felipe mostrábase verdadero egoísta, cuya disposición y carácter se relacionaban más de lo debido con su espada, siempre brillante, pero inflexible y peligrosa. Como el caballero tenía muy buen cuidado de dispensar á su señora todas las deferencias posibles á los ojos del mundo, privábala con el mayor arte de la compasión de la sociedad, y esto hacia sufrir doblemente á lady Forester.

Aquella sociedad hizo todo lo posible para anteponer al marido pecador á la esposa que sufría. Algunos decían que ésta era una mujer sin espíritu ni talento, asegurando que si hubiera tenido un poco nada más, habría hecho entrar en razón á Felipe; pero los más de sus conocidos creían ver faltas por ambas partes, aunque realmente debían comprender que allí no había más que opresor y oprimida.

—Seguramente,—decían,—nadie justificaría á Felipe Forester; pero todos le conocemos, y Jemima Falconer no debía ignorar lo que podía esperarse desde el principio. ¿Por qué fijó su elección en Felipe? El caballero no hubiera hecho aprecio de ella si Jemima no se le hubiera puesto siempre por delante con sus cincuenta mil duros. Si era dinero lo que él necesitaba, lady Forester no le proporcionó suficiente; y si Jemima tenía empeño en casarse con Felipe, debía haberle hecho la vida más agradable, recibir con más frecuencia á sus amigos y no molestar de continuo á su esposo con los niños que lloran y gritan. Felipe habría sido, sin duda, hombre muy doméstico con una mujer que hubiese sabido manejarle.

Ahora bien: todos esos críticos, al levantar el edificio de la felicidad doméstica, no recordaron que faltaba la piedra angular, y que, para recibir á la buena sociedad con la debida ostentación, el caballero Felipe era quien debía proporcionar los medios para pagar el banquete; pero nuestro hombre había dilapidado sus rentas, y érale de todo punto imposible gastar en convites y en reuniones.

Hé aquí por qué Felipe, á pesar de cuanto sugerían juiciosamente sus amigos, debía llevar su buen humor á todas partes, dejando su casa convertida en solitaria mansión y á su esposa martirizada por el pesar.

Al fin, apurado por falta de recursos y pe-

sándole hasta el poco tiempo que permanecía en su triste casa, Felipe Forester resolvió dar una vuelta por el continente en clase de voluntario.

Era entonces costumbre que los hombres á la moda lo hicieran así, y nuestro caballero creyó tal vez que cierto punto de carácter militar, sin ser pedantesco, realzaría un poco sus condiciones de apuesto galán, permitiéndole también mantener la elevada situación conquistada en las filas de los hombres á la moda.

La resolución de Felipe aterró á su esposa de tal manera, que el caballero, contrariamente á su costumbre y á su voluntad, se tomó la molestia de consolarla en su inquietud, lo cual no sirvió sino para hacerla llorar más. Lady Bothwell pidió como especial favor á Felipe que la permitiera recibir á su hermana y á su familia durante su ausencia, y el caballero accedió gustoso á la proposición, tanto más cuanto que le ahorrraba gastos y haría callar á los que hubieran hablado de una esposa abandonada. Por lo demás, Felipe agradeció mucho la proposición de lady Bothwell, que le inspiraba algún respeto, porque le hablaba siempre con la mayor franqueza, y á veces con severidad, sin hacer aprecio de las burlas y del prestigio del caballero.

Un día ó dos antes de la marcha de Felipe, lady Bothwell se tomó la libertad de preguntarle, á presencia de su hermana, una cosa que su tímida mujer no había osado inquirir, á pesar de su deseo de saberlo.

—Quisiéramos saber, caballero Felipe,—dijo,—qué camino tomaréis al llegar al continente.

—Iré desde Leith á Helvoet por un barco que presta el servicio.

—Lo comprendo así,—repuso lady Bothwell, con sequedad;—pero supongo que no vais á permanecer en Helvoet, y quisiera saber á dónde vais después.

—Me hacéis una pregunta, querida señora,—contestó Felipe,—que no he osado dirigirme á mí mismo. La contestación depende del éxito de la guerra. Iré, por supuesto, al cuartel general para entregar mis credenciales y aprender algo del noble arte de la guerra, lo suficiente tan sólo para un aficionado como yo.

—De todos modos, caballero Felipe,—replicó lady Bothwell,—confío en que recordaréis que sois esposo y padre, y que, aun cuando creáis propio satisfacer ese capricho militar, no os expondréis á inútiles peligros.

—Lady Bothwell me honra mucho,—repuso el caballero,—al interesarse por mí de este modo; mas, para calmar vuestra ansiedad, os recordaré que no puedo aventurar mi carácter venerable y paternal, que tan bondadosamente recomendáis á mi protección, sin exponer á un peligro al buen Felipe Forester, con quien vivo hace treinta años y de quien no quisiera separarme.

—Bien, Sr. Felipe,—repuso lady Bothwell;—vos sois el mejor juez en vuestros propios asuntos, y yo no tengo derecho alguno para intervenir en ellos, porque, al fin y al cabo, no sois mi esposo.

—¡No lo permita Dios!—exclamó Felipe apresuradamente.

Y añadió al punto, como para corregir la frase:

—No quiera Dios que yo prive á mi amigo Geoffrey de tan apreciable tesoro.

—Pero sois marido de mi hermana,—replicó lady Bothwell,—y supongo que ya conocéis el estado de su ánimo.

—Si para conocerlo basta oírsele decir diariamente desde la mañana hasta la noche, no puedo ignorarlo,—contestó Felipe.

—No pretendo competir con vos en ese juego de palabras,—repuso lady Bothwell;—pero debéis comprender que todo este malestar es debido á la inquietud que inspira vuestra seguridad personal.

—En tal caso, me sorprende que lady Bothwell se tome tanta molestia por un hombre tan insignificante como yo.

—El interés que tengo por mi hermana explica mi ansiedad respecto á saber á dónde se propone ir el caballero Felipe Forester. Ya sé que de otro modo no desearía que yo interviniese para nada. Por otra parte, también me debo ocupar de la seguridad de un hermano.

(Se continuará)

EL AVE QUE HABLA, EL ÁRBOL QUE CANTA Y EL AGUA AMARILLA

(Conclusión)

Apenas pronunciadas estas palabras, los músicos, que estaban ya preparados, entraron al punto para tocar, y ejecutaron varias piezas, dejando á los príncipes sumamente complacidos. Después del concierto se representó una pantomima, y la función terminó con un poco de baile.

Los príncipes, observando que la noche se acercaba, prosternáronse á los pies del emperador, y, después de dar gracias por las mercedes y honores recibidos, pidieron permiso para retirarse, el cual se les concedió sin oposición.

—Os permito retiraros,—dijo el monarca;—pero recordad que yo mismo os conduje al palacio solamente para mostraros el camino. Aquí obtendréis siempre la más cordial acogida, y cuanto más á menudo vengáis, mayor será mi placer.

Antes de retirarse, el príncipe Bahmán solicitó otra gracia del monarca.

—Señor,—dijele,—nos atreveremos á rogar á Vuestra Majestad que nos haga el honor de visitar nuestra casa para descansar y refrescar después de terminada vuestra primera cacería. No es nuestra morada digna de vuestra presencia; pero algunas veces los monarcas se han refugiado hasta en una cabaña.

—Hijos míos,—replicó el emperador,—vuestra morada no puede menos de ser hermosa y digna de los que en ella habitan. Iré á verla con el mayor gusto, tanto más cuanto que será

para conversar un rato con tan ilustrados súbditos y con su hermana, que ya es querida para mí desde el momento en que os oí enumerar sus raras cualidades. No quiero diferir esta satisfacción más allá de mañana, y á primera hora estaré en el mismo sitio donde tuve el gusto de conoceros. Id allí y me serviréis de guías.

Cuando los príncipes Bahmán y Perviz re-

lentes cocineros y bastará que hagan lo mejor que sepan; pero, sobre todo, que preparen un plato de pepinos rellenos de perlas, el cual se pondrá ante el emperador antes que ninguno de los demás manjares.

—¡Pepinos rellenos de perlas!—exclamó la princesa con expresión del mayor asombro.—Seguramente, no sabes lo que dices. Eso es un



EL AVE QUE HABLA, ETC.: El jardinero, después de practicar un hoyo, presentó á la princesa una caja de oro

gresaron á su casa, hablaron á su hermana de la distinguida recepción que les había dispensado el emperador, y notificáronle que éste, aceptando la invitación de ir á visitar su casa, vendría al día siguiente.

—En tal caso,—replicó la princesa,—debemos preparar algo para ofrecer á Su Majestad, y, con este fin, bueno sería consultar al ave, pues, seguramente, puede indicarnos qué manjares agradan más al soberano.

Los príncipes aprobaron la idea, y, después de retirarse, su hermana fué á pedir parecer al ave.

—Escucha,—le dijo.—El monarca nos hará el honor de venir aquí mañana, y es necesario obsequiarle. Dime qué debemos hacer para dejar satisfecho á tan regio huésped.

—Buen ama,—replicó el ave;—tenéis exce-

alimento muy vulgar. El soberano podrá admirar semejante plato como cosa rara; pero, sin duda, querrá comer y no contemplar perlas, sin contar que las que yo poseo no son suficientes para semejante manjar.

—Ama mía,—repuso el ave,—haced lo que os digo y no os inquietéis por lo que pueda suceder, pues las consecuencias serán felices. En cuanto á las perlas, id mañana á primera hora á socavar al pie del primer árbol que hay á la derecha en la entrada del parque, y allí encontraréis más de lo que necesitéis.

La princesa mandó aquella misma noche al jardinero que estuviese preparado para ayudarla, y á la mañana siguiente condújole al pie del árbol indicado por el ave, ordenándole que cavara la tierra allí.

Al llegar á cierta profundidad, la punta de



EL AVE QUE HABLA, ETC.: —¿Qué novedad es ésta?—preguntó el monarca, no poco admirado

su azadón tropezó contra un cuerpo duro, y casi seguidamente descubrió una caja de oro, como de un pie en cuadro, que mostró á la princesa.

—Para extraer esa caja te he conducido aquí, —dijole Periezadeh;—y ahora ten cuidado de no estropear esa joya.

Un momento después depositó la caja en manos de la princesa; y como la tapa no estaba sujeta más que por un botón, costó muy poco abrirla: estaba llena de perlas de regular tamaño, todas iguales y propias para el uso á que se destinaban.

Satisfecha con su tesoro, la princesa volvió

á la casa con su caja bajo el brazo, mientras que el jardinero volvía á cubrir de tierra el hoyo abierto al pie del árbol.

Los príncipes Bahmán y Perviz, que mientras se vestían en su habitación habían visto á su hermana en el jardín más temprano que de costumbre, fueron á verla poco después, y halláronla con su caja debajo del brazo, lo cual les sorprendió mucho.

—Hermana,—dijo Bahmán,—¿de dónde has sacado esa hermosa caja de oro? ¿Es, por ventura, algún cofrecillo descubierto por el jardinero?

—No, hermano,—contestó la princesa,—el jardinero me acompañó para cavar al pie de un árbol, donde esta caja estaba oculta; pero más os asombraréis cuando os enseñe el contenido.

Así diciendo, la princesa abrió la caja; y cuando los príncipes vieron que estaba llena de perlas, que, si bien pequeñas, eran de mucho valor, preguntáronle cómo había tenido conocimiento de la existencia de aquel tesoro.

—Hermanos,—contestó,—si no tenéis nada que hacer en otra parte, venid conmigo y os lo diré.

Una vez en la casa, Periezadeh dijo á sus hermanos que había consultado al ave según lo convenido, y que, al aconsejar ésta que preparase un plato de pepinos relleno de perlas, le indicó dónde encontraría aquella caja.

Los tres hermanos hicieron muchas conjeturas para explicarse qué podría significar la preparación de aquel plato extraño; y, aunque no les fué posible descifrar el enigma, opinaron que debía hacerse lo aconsejado por el ave.

Apenas la primera hubo concluido de hablar con sus hermanos, envió á buscar al cocinero, y, después de darle algunas instrucciones sobre lo que debía hacer, añadió:

—Además de todo eso, debéis confeccionar un manjar extraordinario, solamente para el monarca, y nadie ha de poner mano más que vos. Se trata de un plato de pepinos rellenos con perlas, y aquí tenéis la caja que las contiene.

El jefe de cocina, que jamás había oído hablar de semejante cosa, retrocedió un paso, poseído de asombro; pero la princesa adivinó sus pensamientos.

—Sin duda, creéis que estoy loca, al hablaros de un plato que, seguramente, nadie preparó hasta aquí. Muy bien lo sé; pero no estoy loca, y mi orden es muy formal. Debéis inventar y hacer lo mejor que sepáis, cuidando de traerme el resto de las perlas que sobren.

El cocinero, sin hacer ninguna otra observación, tomó la caja y retiróse; y la princesa dió después sus instrucciones á todos los criados, para que tuvieran todo en orden, así en la casa como en los jardines para recibir al emperador.

Al día siguiente los dos príncipes fueron al lugar señalado, y apenas llegó el monarca dióse principio la cacería, que duró hasta que el calor del sol obligó á terminarla.

Mientras el príncipe Bahmán permanecía junto al emperador para conducirlo, su hermano se adelantó como guía, y al divisar la casa espoleó á su caballo para anunciar á la princesa Periezadeh que el soberano se acercaba; pero aquélla había recibido ya el aviso por algunos criados, y su hermano la encontró esperando ya.

Cuando el emperador penetró en el pórtico, apeóse al punto, y la princesa se presentó, arrojándose á sus pies, mientras que sus hermanos rogaban al emperador que aceptase sus respetos.

El monarca hizo levantar á la princesa y admiró su hermosura.

—Los hermanos,—dijo,—son dignos de la hermana, y ella de ellos, á juzgar por lo que veo; y no me extraña que estos dos jóvenes no quieran hacer cosa alguna sin su consentimiento. Hija mía,—añadió,—espero conocerlos mejor después de haber visto la casa.

—Señor,—contestó la princesa,—esto no es más que una residencia campestre, propia para personas como nosotros, que viven retiradas del gran mundo; y no se puede comparar con las de las ciudades, ni mucho menos con los palacios de los emperadores.

—No convengo del todo con esa opinión,—contestó el soberano afablemente,—porque las primeras apariencias me inducen á creer otra cosa. Sin embargo, no emitiré mi juicio hasta que lo haya visto todo, y, por lo tanto, tened la bondad de enseñarme la casa.

La princesa mostró al emperador todas las habitaciones, excepto el salón, y aquél examinó atentamente cuanto veía, admirando el buen gusto de los adornos.

—Hija mía,—dijo á la princesa,—mal hacéis en llamar á esto residencia campestre, pues las más hermosas y grandes ciudades quedarían muy pronto desiertas si todas las casas de campo fueran como la vuestra, y no me sorprende ya que hagáis tan poco aprecio de la corte. Permitidme ver ahora el jardín, que no dudo corresponderá á la casa.

La princesa abrió una puerta que conducía al jardín, y el primer objeto que llamó la atención del soberano fué la fuente dorada. Sorprendido ante un objeto tan raro, preguntó de dónde procedía aquella agua maravillosa, tan agradable de contemplar. Quiso saber dónde estaba el manantial, y por qué arte se elevaba el líquido á tanta altura; y añadió que deseaba verla más de cerca.

La princesa condujo después al soberano al sitio donde estaba plantado el árbol armonioso, y allí el monarca pudo escuchar un concierto cual no había oído nunca. Esforzóse para ver dónde estaban los músicos; pero no distinguió nada, aunque oía perfectamente las más melodiosas notas.

—Hija mía,—dijo á la princesa,—¿dónde están los músicos que oigo? ¿Se hallan acaso bajo la tierra, ó son invisibles en el aire? Valdría la pena que tan buenos ejecutantes se dejasen ver, y esto me agradaría mucho más aún.

—Señor,—contestó la princesa sonriendo,—no son músicos, y si solamente las hojas del árbol que tenéis á la vista. Si queréis tomaros la molestia de acercaros un poco más, os convenceréis de ello, y las voces serán más claras.

El emperador se aproximó, y quedó tan encantado de aquella dulce armonía, que de buena gana hubiera permanecido allí largas horas; pero deseaba ver más de cerca la fuente del agua amarilla.

—Hija mía,—dijo,—quisiera saber si ese maravilloso árbol se hallaba en vuestro jardín casualmente, ó le habéis obtenido en algún país extranjero. Sin duda, se ha traído de algún lejano país; pues, de otro modo, como yo soy muy aficionado á las rarezas naturales, habría oído hablar de ésta. ¿Qué nombre tiene ese portentoso?

—Señor,—replicó la princesa,—se llama sencillamente el árbol que canta, y no es de este país. Necesitaría mucho tiempo para explicaros por qué aventuras ha llegado aquí; pero sabed que su historia se relaciona con la del agua amarilla y el ave que habla, la cual podrá ver Vuestra Majestad después de haber examinado más detenidamente el agua amarilla. Sin embargo, si después de reposar un poco queréis que os refiera la historia, tendré el honor de complaceros.

—Hija mía,—repuso el emperador,—los maravillosos objetos que acabáis de enseñarme me han hecho olvidar mi cansancio, y, por lo tanto, permitidme, ante todo, ver el agua amarilla, y después admiraré el ave que habla.

Cuando el emperador estuvo junto á la fuente, sus ojos se fijaron en el agua con tal fijeza, que no podía apartar de allí la vista; mas, al fin, se volvió hacia la princesa.

—Según me habéis indicado,—dijole,—esa agua no tiene manantial ni comunicación, y deduzco que también proviene del país extranjero, como el árbol que canta.

—Así es,—contestó la princesa,—y para que os convenzáis de que el agua no tiene comunicación con ningún manantial, os diré que el pilón es de piedra sólida, sin la menor abertura para que el agua pueda entrar por debajo. Lo que más os extrañará, no obstante, es que toda la que veis aquí estaba contenida en un frasquito; mas, al verterlo yo en el pilón, aumentó hasta la cantidad que veis.

—Muy bien,—replicó el emperador, separándose de la fuente;—esto basta por una vez; mas me prometo venir á menudo para verla de nuevo. Vamos ahora en busca del ave que habla.

Al acercarse al patio, el emperador vió un prodigioso número de aves cantoras en los árboles plantados allí, y parecióle singular el extraño concierto que producían.

—¿Cómo hay aquí tantas avecillas y ninguna en los demás árboles?—preguntó.

—Es porque vienen de todas partes para acompañar á la que habla, la cual verá Vuestra Majestad en la jaula de una de las ventanas del salón, á donde ahora vamos. Si os fijáis un poco, notaréis que las notas de esa ave son

más dulces que las de todas las que hay por aquí, incluso las del ruiseñor.

El emperador entró en el salón; y como el ave siguiera cantando, la princesa levantó la voz para hablarle.

—Esclava mía,—dijo la princesa,—aquí está el monarca: hazle tus cumplidos.

El ave dejó de cantar al punto; y como todas las demás hicieron lo mismo, dijo al emperador:

—Bien venido sea el soberano: Dios le favorezca y prolongue su vida.

—Gracias, amable avecilla,—contestó el monarca, sentándose al mismo tiempo.—Celebro encontrar en ti la sultana de las aves.

Pocos momentos después sirvióse la comida; y apenas el emperador vió ante sí el plato de pepinos, creyendo que estaban rellenos con algún apetitoso manjar, tomó uno; pero, al cortarlo, quedó sumamente sorprendido al ver que estaba relleno de perlas.

—¿Qué novedad es ésta?—preguntó.—¿Con qué objeto se han relleno de perlas esos pepinos, no pudiéndose comer aquéllas?

Y miró á los dos príncipes y á la princesa como pidiendo una explicación; pero el ave se encargó de contestar.

—¿Por qué se extraña Vuestra Majestad y se asombra de ver pepinos rellenos de perlas, mientras que con tanta facilidad creisteis que vuestra esposa la reina dió á luz un perro, un gato y un pedazo de madera?

—Lo creí,—contestó el emperador,—porque las hermanas de la reina me aseguraron el hecho.

—Esas hermanas, señor, envidiaban su felicidad y que hubiese sido la preferida; y, para calmar su resentimiento abusaron de la credulidad del soberano. Si las interrogáis, confesarán su crimen. Los dos hermanos y la hermana que están ante vos son vuestros propios hijos, recogidos en el canal por vuestro intendente, que los cuidó y educó.

Estas palabras del ave fueron un rayo de luz para el emperador.

—Ave,—dijo,—creo que es verdad lo que me revelas; y la inclinación que desde el primer instante sentí hacia esos jóvenes, indicábame que eran de mi propia sangre. ¡Venid acá, hijos míos!—añadió.—¡Venid los tres para que os abrace, dándoos la primera prueba del amor y de la ternura de un padre!

Al pronunciar estas palabras, se adelantó, y, después de abrazar á sus tres hijos, mezcló sus lágrimas de alegría con las de los jóvenes.

—Esto no basta,—añadió después;—es preciso que los tres os abracéis, no como hijos de mi intendente, á quien tanto debía yo agradecer la conservación de vuestras vidas, sino como mis propios hijos, por cuyas venas corre la sangre real de los monarcas de Persia, y cuya gloria estoy seguro que mantendréis.

Después que los dos príncipes y la princesa se hubieron abrazado, el emperador volvió á sentarse con ellos, comió apresuradamente, y cuando hubo concluido levantóse.

—Hijos míos,—dijo,—en mí veis vuestro padre. Mañana traeré á la reina vuestra madre,

y, por lo tanto, deseo que os preparéis á recibirla.

Poco después el emperador montó á caballo, y, seguido de su séquito, dirigióse rápidamente á la capital. La primera cosa que hizo apenas se hubo apeado y cuando se halló en su palacio, fué ordenar al gran visir que se apoderase de las dos hermanas de la reina. Las dos, detenidas muy pronto en sus mismas casas, convictas y confesas, fueron condenadas á ser descuartizadas, y la sentencia se ejecutó una hora después.

Entretanto, el emperador, seguido de todos los grandes dignatarios de su corte, se dirigió á pie á la Puerta de la Mezquita Grande; y, después de sacar á la reina de su reducida prisión, donde había permanecido tantos años, abrazóla y le dijo con lágrimas en los ojos:

—Vengo á rogarte que me perdones por la injusticia que contigo cometí, y quiero que la reparación, que ha comenzado ya con el castigo de las infames hermanas que te calumniaron, sea pública y completa. Yo espero que la considerarás como tal cuando te presente á tus hijos, dos apuestos príncipes y una hermosa princesa. Ven ahora á ocupar el puesto que por tu calidad te pertenece, y á disfrutar de todos los honores que te son debidos.

Todo esto fué dicho y hecho ante la inmensa multitud que de todas partes acudió al circular la primera noticia de lo que estaba pasando, difundida con la rapidez del rayo por toda la ciudad.

A la mañana siguiente, el monarca y la reina, que había trocado ya su humillante traje por otro magnífico, fueron con toda la corte á la casa edificada por el intendente, donde el emperador presentó á los príncipes Bahmán y Perviz y á la princesa Periezadeh á su rescata-da madre, loca de alegría al ver á sus hijos.

—Querida esposa, —dijo el monarca;— tú eres madre de esos dos príncipes y de la princesa. Abrazalos con la misma ternura con que yo lo hice, y cree que los tres son muy dignos de ti y de mí.

Todos lloraron de alegría, particularmente la reina, que estaba loca de contenta por tener tales hijos y poder abrazarlos después de tantas aflicciones.

Los príncipes habían preparado un magnífico banquete para sus padres. Apenas hubo terminado, estos últimos quisieron ir al jardín para ver el árbol armonioso y la magnífica fuente dorada.

Cuando lo hubieron visitado todo, el emperador montó á caballo, y, con los príncipes Bahmán y Perviz á su derecha, y la reina consorte y la princesa á la izquierda, emprendió la marcha hacia la capital, seguido de toda su corte. Una inmensa muchedumbre salió á recibirlos con aclamaciones de alegría, y todas las miradas se fijaron, no solamente en la reina, en los dos príncipes y con la princesa, sino también en el

ave, que aquéllos llevaban en su jaula. Sus dulces gorjeos habían atraído á todas las aves, cillas á su alrededor, y seguíanla saltando de árbol en árbol ó de casa en casa.

Los príncipes Bahmán y Perviz y la princesa Periezadeh fueron recibidos en palacio con la mayor pompa, y aquella noche hubo grandes iluminaciones y regocijos, así en el alcázar como en la ciudad; regocijos que duraron muchos días, celebrándose en todo el imperio de Persia para conmemorar el fausto acontecimiento.



NOTICIAS

Hace unos días que desapareció de Bilbao una mujer, sospechando los vecinos que la habrían matado su marido y la amante de éste.

Detenido el marido, declaró que, después de una violenta disputa, su mujer había manifestado deseos de suicidarse tirándose á la ría.

Que él se prestó á acompañarla, y añadió que su esposa se había tirado al agua frente al cementerio Inglés; pero negó haberla empujado.

Con motivo del repartimiento de consumos, dícese que los ánimos están excitadísimos en Cangas.

Se ha verificado una gran manifestación, invadiendo la multitud la Casa Ayuntamiento, donde causó algunos destrozos y acometiendo á la Guardia Civil, que se vió en la necesidad de hacer fuego.

De Oviedo salieron para el lugar de aquellos sucesos dos compañías del regimiento del Príncipe, al mando de un teniente coronel.